

¿Quién es el civilizado y quién el salvaje?

Gustavo Holguín R.*

El vasto conocimiento botánico que caracteriza a las etnias indígenas les ha permitido constituir una sólida farmacología silvestre con más de un millar de medicamentos de eficacia comprobada. Desde el más simple laxante hasta el más complejo anticonceptivo están ligados al **mundo verde** que los rodea. Razón más que suficiente para habitar la jungla, al margen de las modernas tecnologías, impuestas en el planeta por una civilización tecnocrática construida sobre dos endebles pilares: la **depredación** y el **despilfarro**.

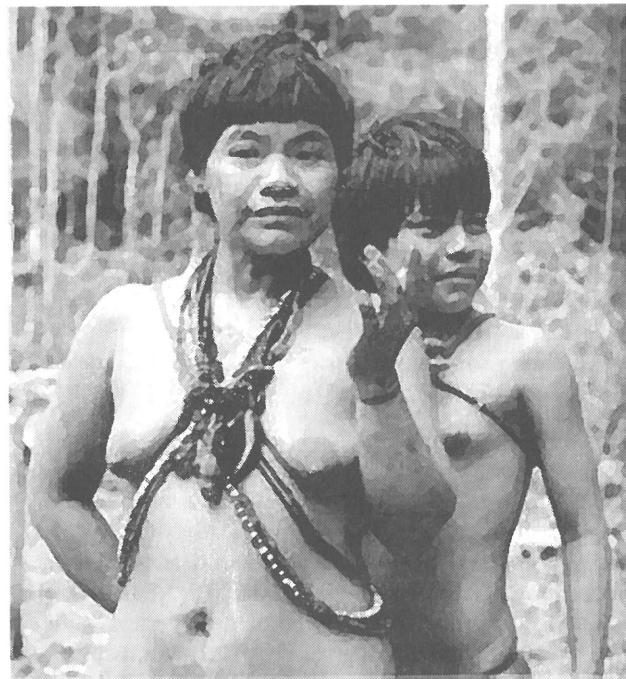
El hombre civilizado al trasladarse a la selva, la destruiría, todo porque los árboles le molestan, le estorban; y no encuentra más alternativa que talarlos para poder cultivar y meter sus vehículos y su ganado.

El hombre indio convive con el bosque, se adapta a la realidad innegable de que la naturaleza es fuerte. Conociendo a la perfección que, para dominarla habría que matarla y convertirla en un enemigo más terrible. Que sería un desierto, como ya lo sabe el hombre moderno. Luego, el abono más perfecto no sería capaz de fertilizar esa tierra muerta, el tractor no podría ararla y ni el hombre más sabio podría recoger de ella sólo un fruto para alimentarse, como lo estamos presenciando en África y muchos países asiáticos.

“La Revolución Industrial” con su evolución sin control y sin medida, fracasaría allí donde la insignificante subcultura indígena ha triunfado por miles de años. Simplemente porque ésta ha aprendido con el transcurso de los siglos y por tradición que la tierra hay que cuidarla para que no se acabe.

Pero el hombre industrializado, no ha razonado este principio tan sutil y fundamental, a pesar de haber llegado a la luna, de haber explorado con satélites artificiales el Sistema Solar y fabricar bombas nucleares; pero actúa como si no tuviese conocimiento de las leyes de la vida vegetal del planeta. Así, estas generaciones seguirán dilapidando la naturaleza sin medir las consecuencias para la Madre Tierra.

Si nos detenemos a mirar nuestras ciudades que están atravesadas por ríos, podemos observar que éstos solo llevan de ríos el nombre, porque en un pretérito **¡sí fueron ríos!** Pero ahora son ríos muertos porque sus bosques fueron talados y las aguas de los montes se fueron secando, y solo queda el recuerdo de un río vivo que



existió y que recorrió un paisaje de bosques.

En los Chibchas, por ejemplo, podríamos ver como convivieron en paz con sus tranquilos ríos que les brindaron agua limpia para sus campos. Con sus inundaciones no crearon catástrofes, sino que les llenaron de abono orgánico sus terrenos, fertilizándolos para que los aprovecharan como fuente alimenticia.

El hombre indio respeta los ríos, para dejarlos de herencia a sus hijos así como lo heredaron de sus padres. Pero el hombre civilizado quiso enriquecerse sin pensar en la naturaleza que podría dejar a sus descendientes, solo pensó en el poder. Taló los bosques y rasgó el paisaje. Además contaminó los ríos.

Es ahí, donde podemos formularnos algunas preguntas: ¿Quién es el civilizado y quién el salvaje? ¿Quién nos está llevando a la extinción? Es lamentable saber que las preguntas de Aubudón ya se están quedando sin respuesta, desde que exclamó: “¿Dónde puedo ir a visitar la naturaleza inviolada? Por ello podemos concluir que, este amante de la naturaleza se adelantó a su tiempo para predecir la destrucción de los bosques y la extinción de los recursos naturales.

Suramérica está viviendo la **destrucción verde** que su-

padeció Europa y ahora enfrenta África. Y si no hay voluntad ecológica y política ambiental pronto llegará al día en que nuestra Amazonía no será más que una nostalgia, un contrabando de recuerdos y un desierto.

Y aunque la naturaleza sea fuerte, la humanidad moderna acabará con todo lo que se interponga a su paso. Ya hemos presenciado como están aniquiladas varias especies animales y otros más están en peligro de extinción. Millones de hectáreas cultivables se han convertido en baldíos, porque quienes las heredaron no supieron abonarlas y cuidarlas como siempre lo hizo la Madre Tierra durante años. Fertilizándolas con sus residuos orgánicos, que con la utilización de la energía solar y eólica, producen lo que hoy llamamos abonos orgánicos. El hombre civilizado estrujó las tierras hasta fatigarlas. Solo el hombre actual es el culpable por el despilfarro. Porque el hombre indio tiene un concepto totalmente diferente de la tierra y su servicio. Sabe que la misma tierra produce su abono para que ellos puedan cultivar y vivir de esa producción.

Las selvas están destinadas a la producción de oxígeno y al bien común de sus moradores. Para que cada generación las disfrute y las cuide. El hombre indio comprende esta simple filosofía de que: "las tribus desde hace siglos están consumiendo el producto derivado de los recursos naturales sin agotar su capital". Lema que el hombre contemporáneo no ha deseado aprender ni aplicar; sin preocuparse por agotar el capital natural del planeta para convertirlo en un desierto. Porque se está aniquilando todo aquello que la Tierra tardó millones de años en crear.

Todas estas acciones que la Madre Tierra ha emprendido a través de los millones de años de evolución, nos da motivos suficientes para pensar y comprender, que si nuestro planeta ha elaborado abono orgánico para nuestra existencia, por qué nosotros no hacemos lo mismo y, convertimos los desechos en abonos para restaurarle la vida al planeta, utilizando las mismas fuentes de energías que él nos proporciona. Y si bien, el hombre moderno ha desarrollado tantas técnicas para el progreso de necesidades antes inexistentes, porqué no aplicar los conocimientos ancestrales para crear nuestro propio abono, que hoy lo podemos producir en 17 días, sin la necesidad de la alta tecnología y dejando de lado los productos agroquímicos.

¿Será que nadie nos va a enseñar a ver y comprender que en el mundo se pierden millones de toneladas diarias de residuos orgánicos, que los podríamos utilizar para repoblar las tierras que antes fueron cultivables o de bosques? Esta pregunta nos da un motivo más para pensar que: "*Atentar contra el planeta, es atentar contra la especie humana*".

A cada instante la explosión demográfica y la pobreza se incrementan, pero faltan más árboles y estos tardan en crecer. Día tras día se le otorga menos valor a la vida de un árbol, minimizando así el valor de la vida de los humanos. Extraña filosofía pero es una lógica sin ética que le estamos implantando a la vida natural del planeta.

*Master en Ingeniería Civil y Ambiental y Administrador de Desastres

Postulado como Candidato al Premio Nóbel de la Paz-1992

e-mail: tavohol@hotmail.com

Las cosas que nos gustan se parecen a nosotros

Cuando conocemos lo que somos cuidamos lo que nos rodea, eso es la **Ecosofía Social**

**ALCALDIA
DE LA ESTRELLA**
Por Una Estrella Sana